



Esta es la historia de un vestido negro y seductor. El que Esther recibió de su marido como regalo para celebrar su 34º aniversario en las islas Maldivas, en el 2007. Se lo puso una vez más, pero un cáncer de mama dejó huérfana la copa derecha del escote. Cuatro años de lucha después, la prenda y su dueña recobraron la plenitud.

—Mi madre, una tía y una abuela tuvieron cáncer de mama a los 50 años. Así que a los 15 años ya estaba concienciada de que podía tocarme. Y me tocó a los 35.

—Demasiado pronto.

—En el control rutinario de abril del 2008 salió todo perfecto, pero en septiembre, tumbada en una playa de México, noté un bulto. A la vuelta, una punción indicó que era benigno. Sin embargo, mi ginecóloga no se la quiso jugar y pidió una segunda opinión. El 22 de diciembre me dijeron: «Hay que operar».

—Pésima noticia a las puertas de la Navidad.

—Pues organicé la Navidad más ortodoxa de mi vida. Muy alemana. Con velitas y regalos bajo el árbol. Necesitaba aferrarme a la normalidad para no perder la cabeza. Incluso en Nochevieja estuve bailando hasta las 3 de la madrugada, cosa que no había hecho en años. El 3 de enero del 2009 ingresé. El tumor tenía 2,5 centímetros y me decidí por la mastectomía.

Gente corriente

Esther Díez-Gallach Schumacher

Llenar el vestido negro que luce en esta foto es el final de un disciplinado camino quirúrgico y mental.



«La reconstrucción de la mama me ha reparado»

—Óptimo por la vía más radical.

—En ese momento, pensé que si me quitaban el pecho, estaría curada. Era la garantía de estar viva.

—¿Siguió pensando lo mismo al despertar de la anestesia?

—Sí. La primera vez que te ves el tajo —28 puntos en mi caso— impacta. Luego vinieron ocho sesiones de quimio. El proceso es desagradable —se te cae el pelo, te hinchas, vomitas—, pero todo el mundo me lo puso muy fácil. Era el tiempo del Barça de las cinco copas y los amigos venían a casa «a ver los partidos». Pero, a medida que pasaba el tiempo y que veía que iba saliendo adelante, me di cuenta de que me faltaba algo.

—¿Qué le disparó esa evidencia? ¿La pareja?

—En absoluto. Estaba en Islandia, donde los vestuarios de las piscinas son comunitarios. De repente, sentí vergüenza de que las otras mujeres vieran mi pecho amputado. Tenía 36 años y el derecho a poder llevar aún algún vestidito chulo. Quería acabar de cerrar el capítulo.

—Llegó la hora de la reconstrucción.

—Sí. Consulté a varios cirujanos plásticos hasta que encontré a uno que me preguntó: «¿Por qué quieres reconstruirte la mama?». Yo le contesté: «Porque quiero cerrar esta etapa de mi vida». Y él me dijo: «Te voy a reparar». Fue verdad.

—¿Lo de la reparación?

—Sí. Después de un año, en el que pasé dos veces por quirófanos de la sanidad pública, el cerebro me hizo un

clic. Sé que nada será igual que antes, pero he llegado a lo más parecido al estado de satisfacción.

—¿Ha sido dura esta segunda etapa?

—Laboriosa. Por una parte, me redujeron la mama sana, porque tenía la talla 105. Y en la otra, hubo que estirar la piel con un expansor situado entre las costillas y el músculo, hasta alcanzar la talla 90 o 95. Empecé con una prótesis pequeña de silicona en la que fueron inyectando líquido durante cinco sesiones, para que se expandiera y, a la vez, lo hiciera la piel.

—Eso debe de doler.

—Notas el tirón, sí. Y cuando ya has alcanzado el tamaño deseado, te colocan la prótesis de silicona definitiva. Al final, acabas con 50 cicatrices y dos pechos más o menos iguales.

—Uno sin areola.

—Así es. Entonces me fabricaron el pezón con la técnica del yin yang: pellizcan la piel, la hacen girar sobre sí misma y cosen por debajo. Luego, en dos sesiones de micropigmentación, María Dolores Pérez Sancho, de la Clínica Corachán, igualó con maestría el color del otro pezón. Acabé teniendo la sensación de realidad.

—Cerró al fin una etapa inmerecida.

—La reconstrucción de la mama me ha reparado. No solo el cuerpo, sino la mente. Es como si me hubieran puesto una crema fresca en una herida abrasiva. Ahora lleno este vestido negro. Me queda bien, ¿eh? =